

Instructions for authors, subscriptions and further details:

<http://mcs.hipatiapress.com>

Ser macho y jugar al rugby. Estudio sobre masculinidades y sociabilidad entre hombres de sectores dominantes de la ciudad de La Plata

Dr. Juan Bautista Branz

- 1) CONICET/IDAES
- 1) Universidad Nacional de la Plata

Date of publication: October 21st, 2015

Edition period: October 2015-February 2016

To cite this article: Branz, JB.. (2015). Ser macho y jugar al rugby. Estudio sobre masculinidades y sociabilidad entre hombres de sectores dominantes de la ciudad de La Plata. *Masculinities and Social Change*, 4(3), 298-320. doi: 10.17583/MCS.2015.1613

To link this article: <http://doi.org/10.17583/MCS.2015.1613>

PLEASE SCROLL DOWN FOR ARTICLE

The terms and conditions of use are related to the Open Journal System and to [Creative Commons Attribution License \(CC-BY\)](#).

Being “macho” and play rugby. An study about masculinities and men’s sociability in dominant sectors of La Plata

Juan Bautista Branz

CONICET/IDAES

Universidad Nacional de la Plata, Argentina

Abstract

The central problem to discuss in this article is the construction of masculinities among a group of men who practice rugby as a sport associated with a distinctive and selective character (related to class position) in the city of La Plata, and in Argentina. From an ethnographic approach –fundamentally- the representations that a group of rugby players has on their own practice, on their ways of being and acting like a man will be analyzed. The hypothesis of this work is that rugby is a space of moral, social and cultural distinction in La Plata, and a place where a dominant male model is produced and reproduced, where the exaltation of virility is an attribute showed positively between the group of men who try, at all times, to keep their manliness; it is the guarantee to support legacy linked to gender and the way of establishing a different space of sociability and distinctive. Strength, vigor, courage and bravery articulate the imaginary of a *real man* in the field of rugby in Argentina.

Keywords: masculinities, rugby, dominant sectors, distinction

Ser macho y jugar al rugby. Estudio sobre masculinidades y sociabilidad entre hombres de sectores dominantes de la ciudad de La Plata

Juan Bautista Branz

Universidad Nacional de la Plata, Argentina

Resumen

El problema central a discutir en este artículo es la construcción de masculinidades entre un grupo de hombres que practican rugby, como deporte asociado a un carácter distintivo y selectivo (emparentado con la posición de clase) en la ciudad de La Plata, y en Argentina. Desde un enfoque –fundamentalmente- etnográfico se analizarán las representaciones que un grupo de jugadores de rugby tiene sobre su propia práctica, sobre sus formas de ser y actuar como hombre. La hipótesis de este trabajo radica en que el rugby es un espacio de distinción moral, social y cultural en La Plata, y un lugar donde se produce y reproduce un modelo masculino dominante, donde la exaltación de la virilidad es un atributo que se exhibe positivamente entre el grupo de hombres que intenta, todo el tiempo, mantener su hombría; es la garantía para sostener legados, vinculados al género y la manera de establecer un espacio de sociabilidad distinto y distintivo. Fuerza, vigor, coraje y valentía articulan el imaginario de un *verdadero hombre* en el campo del rugby en Argentina.

Palabras clave: masculinidades, rugby, sectores dominantes, distinción

El rugby, en Argentina, no es un deporte de participación masiva. Las lógicas de integración se relacionan con obturaciones en el espacio de las instituciones dedicadas a la práctica, que establecen que sólo lo practiquen determinados agentes cuyos capitales acumulados –sociales, culturales, económicos-, sostengan y garanticen la inclusión en el espacio. El *prestigio social* atribuido por los propios agentes practicantes del rugby, es uno de los ejes centrales de análisis, en relación al clivaje de la clase social. Con Thompson (1989) *lo impreciso* vinculado a la pregunta por la clase es una oportunidad, concibiendo a la clase como fenómeno histórico, como la sucesión de acontecimientos en apariencia sin conexión, tanto con lo que entiende como materia prima de la experiencia, como con la conciencia. En ese mismo sentido, rechaza la clase como “estructura” y, aún más como “categoría”, para pensarla como “algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas” (Thompson, 1989, p. 13). La experiencia de clase está determinada, según Thompson, por las relaciones de producción en la que los hombres nacen o entran involuntariamente. Puede surgir la conciencia de clase en algún momento y lugar, pero no de la misma forma para todos. La conciencia de clase es “la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales” (Ibíd., p. 14). Se piensa a la clase como experiencia. De lo contrario, se caería en el mecanicismo que se intenta discutir y sortear para el análisis de este artículo. Es entonces que se sostuvo una relación estrecha entre la referencia empírica y las herramientas conceptuales, donde las experiencias fueron percibidas *en movimiento*, en constante devenir, más allá de la profunda base, más o menos determinada de las trayectorias sociales, culturales y económicas del grupo de sujetos investigados. Ahí estuvo centrada la atención; no sólo en el modo de abordar el conflicto entre las clases y entre sus miembros, sino también, en cómo se modela la cultura: experiencia que ordena, segrega, integra, agrupa, nombra, produce y reproduce símbolos, representaciones e imágenes.

Metodología

Este trabajo es un análisis de corte cualitativo. Se desarrolló, principalmente, en tres unidades de observación para estudiar a hombres que juegan rugby en la ciudad de La Plata¹: Club Universitario de La Plata, La Plata Rugby Club y Albatros Rugby Club. La investigación cualitativa, dice Irene de Vasilachis de Gialdino (2006), es multimetódica e interpretativa. Es decir, que las investigadoras e investigadores cualitativos indagan en situaciones naturales, intentando dar sentido o interpretar los fenómenos en los términos del significado que las personas les otorgan. La investigación cualitativa abarca el estudio, uso y recolección de una variedad de materiales empíricos -estudio de caso, experiencia personal, introspectiva, historia de vida, entrevista, textos observacionales, históricos, interaccionales y visuales-que describen los momentos habituales y problemáticos y los significados en la vida de los individuos. (p. 24-25).

Así se reconstruyeron los temas que articularon la trama discursiva definida como propia del rugby. Fue crucial comprender el escenario de disputa por los sentidos sociales y culturales rastreados a partir de los discursos; entendiendo a los discursos como acciones sociales en un marco de comprensión, comunicación e interacción que, a su vez, son partes de estructuras y procesos socio-culturales más amplios. Es una configuración espacio/temporal de sentido. Así el discurso establece un orden social donde es posible comprender las condiciones de las distintas formaciones discursivas. Sobre la metodología, se ampliará en los siguientes apartados.

Sobre sociabilidad y distinción

Los círculos de sociabilidad ligados al ocio (tiempo no necesariamente productivo y donde se puede encontrar algún regocijo en una trama de relaciones sociales), en el rugby, se vinculan con la construcción de la diferencia, con la distinción de otros espacios moralmente no deseables. El rugby en La Plata es uno de los espacios de acceso y acumulación de prestigio, liderazgo y poder, instituyendo una de las bases para adquirir cierto estatus social, al decir de Joffre Dumazedier (1971). En este caso, el ocio se vuelve posibilidad de establecer un valor potencial en la vida social

de una ciudad y en la influencia que diferentes sujetos, a partir de sus estrategias, desarrollen entre esos círculos de acumulación de poder.

La importancia del origen social en nuestras sociedades reproduce ciertas desigualdades y agudiza la llegada (más o menos rápida) a diferentes posiciones de poder (tanto en la órbita estatal, como en la privada). La importancia de la jerarquía que concede la titulación universitaria y el trayecto por instituciones educativas de prestigio o las profesiones paternas o de los hijos, sumado al prestigio acumulado por *herencia social* por parte de la proveniencia de una familia con trayectoria y buena posición social, es la que genera círculos de sociabilidad distintivos. Piensa Bourdieu (1998) que los estilos de vida diferentes marcan las barreras más duraderas entre las clases, y lo hace apoyándose en el concepto de *homogamia* (*Ibid.*)

El gusto por el rugby agrupa y revela los valores que, históricamente, se fueron reconstruyendo desde una matriz reconocida social y teóricamente como el *modelo civilizatorio europeo*. Las viejas tradiciones reproducidas por los sujetos: el lenguaje, las prácticas y la modelación de los espacios, demuestran que la mirada hacia el estilo europeo significó el signo de distinción, por excelencia, en y para el rugby. El gusto es una disposición, según Bourdieu, que es adquirida para “diferenciar” y también para “apreciar”. Otorga un doble mecanismo de operación distintiva que asegura el reconocimiento legítimo del objeto, aunque se desconozcan sus rasgos distintivos. Funciona involuntariamente y se manifiesta como valores de expresión o, por ejemplo, en movimientos y gestos corporales, colaborando con el proceso de clasificación y evaluación del mundo social. Esto permite incorporar modos de orientar el sentido de ciertas prácticas y convertirlas a ellas y a sus reproductores, en espacios de dominación; y por lo tanto, marcar el lugar de los dominadores, en tanto reguladores y ordenadores de esa visión legítima del mundo.

Civilización y sectores dominantes

El concepto de civilización deriva del francés *civilité*. Ya en los escritos de Erasmo de Rotterdam, se hacía visible el concepto y sus características. Siguiendo a Norbert Elias (2009), el proceso civilizatorio se define como trama socio-histórica, y como proceso de cambio de costumbres, basado en la limitación de los impulsos y las emociones. Desde el Siglo XVI, en

Europa, las clases nobles y las cortesanas construyeron una red de relaciones basadas en modos legítimos, asentados en el refinamiento de las costumbres. Tanto para la nobleza, como para el Rey Luis XIV, su participación en la vida pública tenía un fin en sí mismo, al contar con el atributo del poder central, y el monopolio de la dominación. La etiqueta, como la posibilidad de gobernar y decidir sobre la vida de los súbditos, sintetizaba el sentido que el Rey le otorgaba a su función de administrar las diferencias, preferencias, rangos y jerarquías. A lo largo del tiempo, el marco civilizatorio, que no fue concebido por Elias dicotómicamente como racional/caótico, ni tampoco planificado, se profundizó según el grado de complejidades institucionales y la organización de las redes de relaciones sociales que esto implicó, entre las sociedades occidentales, marcando y nombrando, claramente “qué es lo otro”, lo “no civilizado”; también aumentó la complejidad en cuanto a la dependencia entre los agentes, más la coacción externa, a través de instituciones formales y normativas (de los Estados-Nación, principalmente). Esto, según Elias, generará una internalización de esas normas regulatorias, produciendo la autocoacción de los individuos: las normas se hacen cuerpo y se naturalizan, a tal punto que se reproducen involuntariamente, marcando los criterios y las formas de recrear modelos legítimos de concebir las prácticas socioculturales. Las formas de actuar en público, y también en privado, serán aceptadas y se basarán en la construcción de umbrales de violencia colectivos menos tolerantes. La violencia para dirimir ciertos asuntos se restringe, mediante un poder externo, pero también como autocoacción (*Ibíd.*)

Para Elias, el movimiento civilizatorio se orienta fuertemente a alinear el sentido de todas las funciones corporales hacia una privatización intensa, cuyo confinamiento y reclusión se realice tras “la puerta cerrada de la sociedad” (*Ibíd.*). Esa confiscación de las emociones y los sentimientos que se retraen hacia el mundo de lo privado; son los sentimientos de culpa o de vergüenza en caso de no cumplir con los estándares civilizatorios, ligados a las buenas costumbres y a la buena conducta social, a lo esperable y deseable colectivamente. Pero hay excepciones y esferas de la vida social donde sí se tolerarán algunos vestigios de esos impulsos emotivos, dice Elias:

En cualquier caso, estas emociones, en su forma refinada y racional, también tienen un lugar legítimo y específico en la vida cotidiana de

la sociedad civilizada. Esta forma es absolutamente significativa en cuanto al tipo de transformación de la estructura emotiva que se da en la civilización. La combatividad y la agresividad, por ejemplo, encuentran una manifestación socialmente aceptada en la competencia deportiva (p. 295)

Se ha repasado cómo en Argentina, a partir de la década de 1860, el país afianza y sostiene al capitalismo, que se expandía desde Europa, como sistema organizador de la vida social de los argentinos. Pero también, dice Adamovsky (2012), la vida cultural estará imbricada por un modelo que, de igual manera, fue exportado de Europa: “La ‘civilización’ y el ‘progreso’ quedaron asociados así en tanto al proyecto político y económico de la élite, como la voluntad de emular al viejo continente” (Adamovsky, 2012, p. 11). De aquí que surja el imaginario sobre el ciudadano argentino “ideal”, piensa Adamovsky. Ideal que no concordaba con los pobladores “reales” del país, debido a las diferentes características y pautas culturales de cada grupo que residía en el territorio argentino. El plan de homogeneizar una imagen ideal del “ser argentino”, suscribía al proyecto de construir un ciudadano deseable, a partir de pensarlo dentro del marco civilizatorio, consecuente para concebir a la “razón” como modo legítimo y correcto para moverse en el mundo social.

La exportación del modelo civilizatorio no sólo es impulsado por las elites dirigentes que, desde el Estado, procuran la formación de una Argentina “civilizada” y de un “ser argentino”, consecuente con el modelo europeo político, cultural, social y económico. También la paraestatalidad de instituciones como el rugby expone el deseo de los sectores mejor acomodados en la estructura capitalista. Los actores protagónicos que modelaron el rugby en Argentina, sus orígenes y sus trayectorias sociales, pretendieron e instalaron un sistema de valores morales que distaron de la emergente cultura de masas de fines del siglo XIX y principios del XX. En este análisis, el objeto y los sujetos de la investigación están enmarcados en una relación determinada por un contexto capitalista. Esto implica dar cuenta y diferenciar el posicionamiento teórico de este trabajo, basado en la categoría de sectores dominantes, y no en la de “clases dirigentes” o “elites”.

Pensar en “elites” en la ciudad de La Plata (dada su configuración histórica) o en “clases dirigentes”, traspolando la teoría de Wright Mills

(2005) sobre la Nueva York de mediados del siglo XX, o pensar en los grupos de poder que establecieron las bases, según Adamovsky, de la Argentina moderna, sería un error teórico. El rugby en La Plata está conformado por sujetos que acumulan diferentes -y más- capitales que muchos otros grupos sociales u otro tipo de instituciones. Familias tradicionales, capital escolar acumulado, trayectoria social prestigiosa, capital social caudaloso y de privilegio, son la tendencia de los participantes del campo. Es por eso que el rugby, sus practicantes, modelan sectores de privilegio que, pensados desde la noción de distinción y legitimidad social y cultural, se establecen como dominantes en el mundo social.

En un sistema basado en el privilegio de algunos colectivos que genera desigualdad, justamente, por la pretensión a ocupar esos espacios, y por la posición efectiva de otros colectivos despojados de ciertos capitales básicos para vivir, se puede hablar de *espacios y sectores de dominación*. La desigualdad, la asimetría, resultantes de un sistema de dominación, es consecuencia de una trama de relaciones entre sujetos (asociados a una o varias clases) que institucionalizan su poder como colectivo (dentro de una relación de fuerzas sociales). En coincidencia con Ziegler & Gessaghi (2012), la preocupación es pensar y explicar cómo se dan las disputas y cómo se movilizan los recursos vinculados a la distribución social de las posiciones de poder. Desde allí, pueden volverse visibles no sólo posiciones efectivas dominantes (en esas disputas), sino también, las percepciones sobre esos efectos de dominación. El campo del rugby en La Plata puede comprenderse como un *sector de dominancia*. Es un espacio donde se aprehenden (en complemento con instituciones educativas) las convenciones y las identidades que caracterizaron a las elites en los períodos históricos referidos a la construcción civilizatoria de la Nación argentina y, por ende, donde se consagran posiciones sociales (Adamovsky, 2012) y se reproduce social y culturalmente el modelo vinculado con aquel imaginario europeo y de distinción.

Si bien no es posible hablar de los mismos sistemas de dominación, teniendo en cuenta los cambios históricos, según cada época, se puede pensar en la combinación específica de “dominación-participación” institucionalizadas, como sistema vigente (Errandonea, 1985).

El poder dominante no sólo reside en la riqueza acumulada, sino también en la dimensión simbólica de esos sectores para construir

diferencias o los criterios que definen esas diferencias. Lo importante de esta conceptualización es contrastar con la referencia empírica específica de este trabajo, si los sectores dominantes a los que se alude en esta investigación, disponen de los medios para conservar, mantener, defender y hasta sumar privilegios (que sería su principal posesión, según Errandonea).

Rugby y Masculinidades: un rompecabezas para rearmar

Para pensar al rugby y la reconstrucción de las características asociadas, por los propios sujetos investigados, en relación a los modos de *ser hombre*, se toma como punto de partida una reflexión de Badinter (2003), sosteniendo la idea de las “múltiples masculinidades”: “No hay una masculinidad universal sino múltiples masculinidades, tal como existen múltiples femineidades. Las categorías binarias son peligrosas porque desdibujan la complejidad de lo real en beneficio de esquemas simplistas y condicionantes.” (p. 49)

La hipótesis y la pregunta por las formas de *ser macho*, y de establecer prácticas dominantes respecto a otros modelos masculinos, fueron analizadas a partir de la escucha y la observación sobre cuáles son los relatos que legitiman –reproducen, reafirman- esas prácticas en relación a la masculinidad construida en el espacio del rugby.

Siguiendo a Badinter (1994) se podría establecer que la identidad masculina, en nuestras sociedades, se emparenta con el hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse (si es necesario, por la fuerza); mientras que la identidad femenina ha de asociarse a las características de docilidad, pasividad, sumisión y a la búsqueda de ser poseída. Todo esto relacionado con la categoría “género” como una operación que tiene una lógica binaria que separa sólo lo femenino de lo masculino y, más aún, dentro de un mismo género, posiciones dominantes y subalternas, reproduciendo relaciones desiguales de poder (Burin & Meler, 2009). Para superar las visiones que restringen el análisis a una perspectiva androcentrista y pensar en un universo más amplio que las oposiciones, por ejemplo, entre lo innato o lo adquirido, o el Género o la diferencia sexual (Ibíd.), se entiende que:

La estereotipia de Género, que es un ‘trabajo cultural’ en sí misma, niega las amplias similitudes existentes entre mujeres y varones y

destaca la polaridad desconociendo la gran variabilidad que existe al interior de cada subconjunto genérico [...] El género, la clase, la etnia y la edad, se entrecruzan para construir subjetividad. (p. 43)

En el problema de la construcción de masculinidad entre jugadores de rugby en La Plata, se exhiben ciertas formas de *ser hombre* de manera asimétrica, tanto con mujeres como con otros hombres que no responden a actitudes, atributos o propiedades que hay que poseer para ser un *hombre verdadero*. Se habla, en principio, de una masculinidad dominante o hegemónica, dentro del espectro de múltiples masculinidades que se relaciona con un contexto de estudio, las características de un objeto y de sujetos de investigación históricamente determinados por variables, fundamentalmente, como la clase social y, en consecuencia, con una posición de privilegio en la ciudad de La Plata.

Rodrigo Parrini (2002) reconoce a los autores anglosajones y pioneros que se preocuparon por pensar el concepto de masculinidad hegemónica: Connell, (1995, 1997, 1998), Kimmel, (1997, 1998), Kaufman (1997) y Seidler (1994). La necesidad de una definición para un problema político que explique la estructura patriarcal sostenida por un modelo capitalista es asociada por estos autores, justamente, a una masculinidad legítima dentro de ese sistema, garantizando la posición dominante de ciertos hombres y ubicando en posiciones subalternas a las mujeres, y a otros sujetos. Esa masculinidad dominante se caracteriza por la centralidad de la heterosexualidad como mandato, conjuntamente con una activa sexualidad que se corresponda con el ejercicio viril de ese modelo masculino. La hombría, para estos autores, puede probarse en la práctica sexual con las mujeres como un registro de importancia vital (Parrini, 2002). El sentido de la hegemonía radica en la constitución de una simbólica y un conjunto de prácticas eficaces, tales que, se constituyen en destrezas aceptadas y legitimadas por el resto de los colectivos. Sin embargo, sigue Parrini,

una forma de masculinidad puede ser exaltada en vez de otra, pero es el caso que una cierta hegemonía tenderá a establecerse sólo cuando existe alguna correspondencia entre determinado ideal cultural y un poder institucional, sea colectivo o individual (párr. 10)

También revisa Parrini las investigaciones latinoamericanas que han puesto el foco en la construcción de masculinidades como elemento estructurante de identidades tanto colectivas como personales. También, al igual que la saga anglosajona, plantean un modelo hegemónico de masculinidad. Fuller (1997, 1998), Valdés y Olavarría (1998), Olavarría, Mellado y Benavente (1998), Viveros (1997), Ramírez (1997), Leal (1997, 1998) y Gutmann (1997, 1996) fueron los encargados de pensar, en Latinoamérica, algunas preguntas en torno a la masculinidad dominante y el poder.

Pero, ¿qué elementos contienen y definen a una masculinidad dominante? Elizabeth Badinter (1994) afirma que la característica distintiva de una verdadera masculinidad contemporánea es la heterosexualidad, convirtiéndola en un fenómeno que aparece como “natural”. Es decir, la sexualidad es una prueba central de la identidad masculina, de cómo y con quién se tiene sexo. Quien no cumpla con el precepto, quedará excluido de la grupalidad masculina.

Para Kaufman, dice Parrini, el elemento fundamental de la subjetividad masculina es el poder, que sostiene y justifica un sistema de dominación sobre los hombres que no cumplan las prescripciones hegemónicas y, por supuesto, sobre las mujeres. Es histórico y tiene continuidad a través de la reproducción de un sistema de control y poder:

El poder colectivo de los hombres no sólo radica en instituciones y estructuras abstractas sino también en formas de interiorizar, individualizar, encarnar y reproducir estas instituciones, estructuras y conceptualizaciones del poder masculino [...] ‘la adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino’[...] el poder que puede asociarse con la masculinidad dominante también puede convertirse en fuente de enorme dolor. Puesto que sus símbolos constituyen, en últimas, ilusiones infantiles de omnipotencia, son imposibles de lograr. Dejando las apariencias de lado, ningún hombre es capaz de alcanzar tales ideales y símbolos (Kaufman, 1995, p.125-131, en Parrini, 2002, párr.15).

Junto a David Gilmore (1994), se piensa cómo conciben y experimentan la masculinidad los jugadores de rugby observados. La masculinidad, según Gilmore, es la forma de ser varón adulto en una sociedad determinada y la preocupación que muchas otras tienen al respecto, necesitando y considerando la posibilidad de lograr ser “un hombre de verdad” o de un “auténtico hombre” (Gilmore, 1994). Esto es concebido como un premio que se logra con esfuerzo en diferentes esferas y se conquista ante la aprobación cultural de esas sociedades mediante prácticas, pruebas y diversas modalidades de llegar a poseer una “verdadera virilidad”. Y, además (resultando fundamental para este análisis), pensando que:

Si hay arquetipos en la imagen masculina (como los hay en la feminidad), deben estar, en su mayor parte, culturalmente contruidos como sistemas simbólicos y no simplemente como resultados de la anatomía, porque la anatomía no resulta muy determinante cuando la imaginación moral entra en juego. La solución del rompecabezas de la masculinidad tiene que estar en la cultura; tenemos que intentar comprender por qué las culturas utilizan o exageran, de muchas formas específicas, los potenciales biológicos (Gilmore, 1994, p. 33-34)

Al respecto, dice Bourdieu que,

Cuando los dominados aplican a lo que les domina unos esquemas que son el producto de la dominación, o, en otras palabras, cuando sus pensamientos y sus percepciones están estructurados de acuerdo con las propias estructuras de relación de dominación que se les ha impuesto, sus actos de conocimiento son, inevitablemente, unos actos de reconocimiento, de sumisión. Pero por estrecha que sea la correspondencia entre las realidades o los procesos del mundo natural y los principios de visión y de división que se aplican, siempre queda lugar para una lucha cognitiva a propósito del sentido de las cosas del mundo y en especial de las realidades sexuales” (Bourdieu, 2000, p.26)

La división social del sexo y de género, se vuelve “naturaleza biológica” a partir del sistema de visión y división del mundo dominante. Sin embargo, se tuvo en cuenta la crítica de La Cecla (2004) a Bourdieu, afirmando que

para el francés toda diferencia entre sexos es una invención de la dominación masculina, y que los machos han inventado en toda cultura las diferencias entre hombres y mujeres, para organizar y justificar la dominación de los primeros sobre las segundas.

Técnicas e instrumentos

Desde finales del año 2009 y durante los siguientes, hasta 2013, el programa metodológico apuntó a trabajar las variables a partir de las técnicas e instrumentos pertinentes:

- Etnografía². Permitió construir datos sobre las relaciones entre sujetos, espacios y discursos (Presentados en las Notas de campo)
- 35 entrevistas semi-estructuradas a jugadores de rugby. La desagregación de trayectorias familiares e historias de vida, permitieron ubicar y categorizar, provisoriamente, a los interlocutores en la estructura socioeconómica, y a la posición vinculada a la distribución de capitales en juego en nuestras sociedades. Con los datos se construyeron categorías como: *profesión, participación en el sistema educativo, titulaciones, profesión de padre, madre y familiares*. Así se vislumbró la tendencia de los participantes del campo: cuántos sujetos de la investigación han accedido al sistema de educación universitaria, o a cargos de decisión en la órbita del Estado, o del sector privado. Esto facilitó pensar el problema de *los sectores dominantes y el espacio social*, en una de sus dimensiones.
- 89 entrevistas etnográficas a diferentes agentes del campo (familiares de jugadores, dirigentes, periodistas especializados, espectadores, ex jugadores): facilitaron comprender la formación discursiva.
- Observación participante en entrenamientos, practicando el deporte y desarrollando la experiencia propia del "hacer" y la observación no participante de partidos, en un Gimnasio de musculación (coordinado por uno de los interlocutores clave), en fiestas nocturnas, cumpleaños, espectáculos artísticos, salidas nocturnas, peña folklórica³, viaje de ocio, partidos oficiales, trámites varios, situaciones domésticas familiares y "tercer tiempo"⁴. (presentada en

las Notas de campo). Un total de 223 presencias en los diferentes espacios nombrados durante los cinco años de trabajo de campo.

- La búsqueda y recopilación de documentos de campo, vinculados a la historia del rugby en Argentina, en La Plata, y en los clubes, enmarcaron historiográficamente la investigación, y colaboraron al entendimiento actual de las lógicas del campo.
- Búsqueda e interpretación de documentos periodísticos, audiovisuales y gráficos, especializados en rugby

En los siguientes apartados, se expondrá parte del análisis de los datos, con la aplicación de estas técnicas e instrumentos.

Compartir virilidad⁵

El viernes 6 de enero de 2012 emprendimos un viaje a Villa Gesell⁶ con Nacho⁷, mi interlocutor clave en el campo del rugby. Entrada la tarde, comenzamos a planificar qué haríamos a la noche. Las opciones eran: recorrer algunos bares de Villa Gesell o ir a Pinamar⁸. En el camino, compramos hamburguesas, pan, tomates y carbón para cocinarlas en la parrilla del hotel. El hotel era modesto, pero contaba con un gran parque.

A medida que comencé a prender los carbones, se acercaron otros pasajeros del hotel. Todos hombres, ocho, que también cocinarían en la parrilla. Nacho se había ido a bañar, y apareció promediando las llamas del fuego. Yo estaba charlando con el grupo de hombres. Eran de cuerpos grandes, voluptuosos; en musculatura o en kilos de grasa. Hasta la llegada de Nacho, sólo había bromeado con secuencias de la playa, sobre las preferencias de cada uno en las bebidas y la comida. Nacho llegó y noté –enseguida– que quería saber quiénes eran los que compartían parrilla. No me hablaba. Su atención estaba focalizada en conversar con estos hombres. De a poco les preguntó de dónde eran, a qué se dedicaban. Cuatro eran profesionales (dos abogados, un contador y un arquitecto) y el resto dijeron dedicarse al comercio. Sólo uno dijo trabajar en una oficina en Puerto Madero⁹. Los ocho eran de zona norte del conurbano bonaerense (San Isidro y Pilar¹⁰), pero la mitad vivía en CABA. Todos estaban en pareja. Oscilaban entre los 35 y 40 años. Nacho contó que jugaba al rugby y que era profesor de Educación Física. Principalmente hizo hincapié en que jugaba al rugby. Tres de los hombres dijeron haber jugado en el Club

Champagnat¹¹. Intensificaron la charla con valoraciones desde “lo buenas que están las minas en la playa. Aunque siempre están los cachivaches¹²” (Nota de campo –NC- 06/01/2012), hasta las anécdotas de la épocas de solteros y las aventuras sexuales que consideraron compartir en una ronda.

El tema de conversación era uno sólo: las mujeres y diferentes anécdotas sexuales. Cada uno contaba la suya. La ronda había arrancado a mi derecha y seguía hacia la derecha. Yo sería el último, si seguía en ese orden (Nota: yo era el más pequeño físicamente. Todos rondaban el metro ochenta de altura, para arriba). Comenzaron los hombres de Buenos Aires, con anécdotas que incluían una serie de artilugios para sortear a las esposas. Lugares inusuales como un estacionamiento de autos donde se “cogió rapidito pero muy lindo” y donde “No quedaba otra. Cuando estás en pareja y querés coger afuera, hacés la que podés. Muy divertido” (NC 06/01/2012). El cuarto de la ronda contó una historia que sucedió en un campo de un amigo, donde fueron a buscar al pueblo cercano a “un par de putas y a un putito” (NC 06/01/2012). En el camino al campo “nos iban chupando la pija¹³”. “Los muchachos nos esperaban como locos. Estaban desesperados por coger. Estaban todos borrachos. Fue una fiesta. Nos cogimos a las putas y al putito” (NC 06/01/2012). El sexto contó una historia entre dos chicas y él. Donde tuvieron sexo los tres juntos, y donde “las chicas estaban enloquecidas” (NC 06/01/2012). Le llegó el turno a Nacho. Nacho y yo habíamos compartido una escena con una chica, que luego desarrollaré. Imaginé que relataría esa historia. Pero no fue así. Contó una anécdota de unos compañeros de equipo, en una ciudad del litoral argentino, famosa por sus carnavales. Señaló que dos compañeros “se cogieron a una trava”¹⁴ (NC 06/01/2012). Nacho, en ese mismo momento, me miró y me dijo: “bueno, vos a Tartu lo conocés” (NC 06/01/2012). Yo lo conocía a “Tartu”. Es primera línea¹⁵ de Albatros, y uno de los jugadores más experimentados del club. Nacho terminó la anécdota y enseguida se cortó la ronda.

Otra vez, era recurrente esta secuencia de un “saber ver”, un “saber escuchar” y un “saber ser” un *verdadero macho*. Se trataba de una escena donde todos estábamos y debíamos sostener la hombría. En algunos casos, redoblando la apuesta. Si uno contaba una historia con dos mujeres, otro sumaba a dos mujeres y “un putito”, sin perder crédito de su masculinidad, o sin echar a perder (sobre la mirada de los otros) su hombría. Tanto es así

que Nacho triplicó la apuesta y expuso el cuento de sus compañeros con una travesti. Se cumplía la afirmación de Kimmel, "las mujeres y los hombres gay se convierten en el otro contra los cuales los hombres heterosexuales proyectan sus identidades [...] y al suprimirlos proclamar su virilidad" (Kimmel, 1997, p. 59)

Nacho sabía que nada correría peligro, excepto cuando me miró, y dudó, por un momento, qué efectos causaría en mí. Es que Nacho reconoció el marco que lo habilitaba a contar su anécdota: todas historias grupales, excepto alguna solitaria. Nacho conoce muy bien el precepto, entre su círculo masculino de sociabilidad (el espacio de rugby), que el varón que es penetrado pierde masculinidad, pero el que penetra la gana (Sloan & Reyes Jirón, 1995). Es una relación directamente contigua a la pérdida o a la ganancia de dominación. Y eso Nacho lo conoce muy bien, porque supo y sabe "ver y escuchar" la masculinidad dominante. Lo que Silvia Chejter (2011) reconoce propio de "sostener la hombría": con las prácticas, pero también con los relatos sobre lo sucedido; que puede haber sido así, o casi, o ni siquiera haber ocurrido. Pero hay que contarlo. Dice:

Hay ritos impuestos entre pares que hay que seguir: iniciación, despedida de solteros, otros festejos para agasajar a un amigo o agasajarse en conjunto, que terminan en el burdel o en alguna 'fiesta privada'. Cada una de estas ocasiones supone la confirmación de la virilidad, que, fundamentalmente, requiere de la mirada voyeurista de los otros varones del grupo. Mirar a los otros y dejarse mirar cuando practican sexo prostituyente, se carga de un valor de goce adicional, y, en algunos testimonios, constituye la más importante motivación. (p. 39)

La certificación de la masculinidad¹⁶

Allí radica la eficacia de la virilidad: en certificarla, que el otro la refrende. A propósito de autenticar la virilidad, dos años antes, Nacho me confesó que había tenido una charla con una ex alumna de un gimnasio. "La mina es un caño, mide 1,75 m, tiene las tetas hechas, carita divina, veintisiete años. No sabés lo que es" me decía, describiéndola (NC 14/01/2010). La mujer quería cumplir una fantasía sexual, teniendo relaciones con dos hombres a la vez. Y Nacho me lo estaba proponiendo. Yo nunca tuve una experiencia

como ésas. Mi sentimiento de inhibición fue percibido por Nacho, que me dijo “mirá que la mina está re buena. No te vas a perder esta oportunidad” (NC 06/01/2012). La inhibición y la sensación de incomodidad, también tenían que ver con dos cuestiones: la primera era que, hasta donde yo conocía, Nacho tampoco había experimentado relaciones sexuales grupales. Y hablaba con certeza de cómo realizarlo (supuestamente sería en su casa), cómo manejarse, qué hacer y qué no hacer. Y la segunda, y fundamental para mí: ¿por qué no se lo proponía a un amigo del club? ¿por qué a mí? Jamás pensé que Nacho quisiera tener relaciones conmigo, pero me resultó extraño que no convocara a un amigo para realizar la fantasía de esa mujer. Le dije que no sabía, que me daba vergüenza (aunque pensaba que no podía perderme esa situación si, justamente, estaba tratando de reconstruir los procesos de constitución de identidades masculinas entre un grupo de jugadores de rugby).

Pasadas tres horas, le confirmé mi presencia. Me dijo “¡qué bueno! nos vamos a cagar de risa. Ya arreglo todo con la mina¹⁷” (NC 06/01/2012). Aquella noche asistí, pero no participé del encuentro sexual. Estuve apartado de la escena, aunque observando cómo Nacho desplegaba todas sus destrezas físicas y retóricas para complacer a la mujer. Nacho trababa sus bíceps y pectorales, producto de la fuerza que estaba ejerciendo. Me di cuenta que también me estaba mostrando que todo lo que me contaba fuera de ese contexto, era verdad. El “yo las hago mierda a las minas”, describía su *performance*, cada vez que narraba una historia sexual con una mujer. “Les echo tres polvos, y se quedan con la lengua afuera”, siempre repetía. Nacho me demostraba que realmente era viril y potente.

Entre las numerosas metáforas y analogías reproducidas por Nacho, una se alinea como significativa para el análisis. Siempre me decía “Estoy hecho un toro”, al referirse a las actuaciones en un partido de rugby, y a un encuentro con una mujer. El significado social que se pone en juego al construir semejanzas con el concepto de “toro” sugiere la posibilidad de exponer los atributos que remiten a la *fuerza*, la *resistencia* y al lugar otorgado *como proveedor* (sobre todo con las mujeres¹⁸).

Gilmore retoma el relato de Herdt acerca de la leche como asociación entre madre y semen. Herdt dice que la felación mantiene una forma de refuerzo psíquico del destete pero, además, una promoción hacia una

virilidad autónoma y autocreación masculina, “una sustitución homeopática de símbolos orales por otros fálicos” (Gilmore, 1994, p.160).

La leche, el semen, es símbolo entre los jugadores de rugby de potencia, o de potencia acumulada. Y expulsarla, sacarla, implica una muestra de virilidad donde se obtiene un reconocimiento grupal. A mayor cantidad de orgasmos hay un mayor reconocimiento a la supuesta virilidad. También se utiliza para desjerarquizar a los más jóvenes o a quienes tienen altos rendimientos físicos, con una base aeróbica alta y de calidad. Se los menosprecia diciéndoles, “éste tiene una leche bárbara”. Eso implica que no ha largado semen, es decir, no ha tenido encuentros sexuales. No “tener leche” es signo de virilidad. Y Nacho me había sugerido que sus relatos se corresponden con los hechos. Es decir, todos los relatos previos sobre las cantidades “de polvos echados”, eran certificados por mí. Tal vez por eso fui invitado a la reunión, más allá de mi hipótesis de que Nacho no quisiera compartir a Jimena con alguien de su tamaño corporal. Aunque Jimena parecía estar dispuesta al placer y al goce, sin evaluar dimensiones corporales, Nacho se colocó como un aspirante a la virilidad, diría Gilmore, que logra una identidad social como un bien social, en relación a la atención a las mujeres. Para Nacho, sacar toda su leche simboliza una conquista viril.

La relación entre Nacho y su virilidad estaba sólo relacionada a verlo en los partidos de competencia, donde realmente no era de los jugadores más potentes. Sin embargo, siempre sus relatos hacían referencia a sus atributos sobre la potencia sexual.

Palabras y preguntas finales

El rugby es un lugar más para entender una de las formas del “poder del imaginario masculino en una sociedad concreta” (Archetti, 2008, p. 43). Entonces, la pregunta es: *¿cuál es ese estilo masculino vinculado a la práctica deportiva en el rugby?* El proceso socio/histórico del rugby indica que los agentes participantes del campo tienen mayores posibilidades para administrar culturalmente las diferencias en cuanto a la producción y reproducción de un estilo masculino, asociado a la construcción de una hexis corporal¹⁹ y a su correspondiente representación mediante estrategias discursivas.

El rugby significa, en la ciudad de La Plata, dentro de un contexto nacional, uno de los espacios de atribución y conquista de un prestigio social reconocido entre círculos de privilegio. Es una escuela moral distintiva donde se clasificó, históricamente, lo que significa ser un *verdadero hombre*, a partir de un sistema de pautas dominantes y hegemónicas, emparentadas con el atributo de la heteronormatividad y con la exaltación de la virilidad, dentro y fuera del campo del rugby. El origen social y las trayectorias de los sujetos investigados demarcan las propiedades y la legitimidad propia y reconocida como principal, para pertenecer al campo. El capital cultural adquirido, más una trayectoria emparentada con una “buena familia distinguida” (reforzando la idea de los legados, como modo de reproducir y sostener el prestigio social), se vinculan no sólo a la posición compartida, en términos de clase, en relación a la posición en la estructura social y económica de los sujetos, sino también en la capacidad, destreza y poder de administrar las diferencias culturales y simbólicas.

Desde la estética, la retórica y la moral, el rugby se ha erigido como un espacio de distinción y, a la vez, de invisibilización de unos “otros”. Bajo el relato del amateurismo²⁰, también se configura el límite de las posibilidades materiales y simbólicas de participar o no del espacio.

El rugby es el territorio donde se enseñan las buenas y legítimas costumbres que, estratégica y eficazmente construyen distinción moral, pero también estética, a la vez que se edifica una narrativa en donde la retórica del honor y la caballeridad, diría Gayol (2008), proveen un lenguaje propio. Además de nombrar ese mundo como legítimo, se prueba poniendo el cuerpo y exhibiéndolo, ya que el honor en el rugby, se asocia a la reputación social. Es la forma que se aprende a *ver y a ser visto*, de ejercitar los criterios de clasificación moral, además *de evaluar y ser evaluado*. La masculinidad se evalúa constantemente. Es un espacio estrictamente jerárquico donde la posición de prestigio, ligada con la forma de mostrar la hombría, es constantemente evaluada: como condición heteronormativa, asociada a la clase (que también se pone a prueba) y a los modos dominantes de reproducir una *verdadera hombría*.

El rugby mantiene la obsesión por instaurar jerarquías: económicas, culturales, etarias, étnicas y de género. Allí radica la eficacia de su carácter exclusivo y de privilegio. Someterse a esa jerarquización y lograr sostener

el escalafón conseguido, es la prueba a pasar. Ese lugar se mantiene con esfuerzo, con dedicación, y con la performatividad tanto práctica como retórica. Palabras, gestos, actitudes normativas dentro del campo de una masculinidad hegemónica, deben asimilarse y reproducirse en el espacio estudiado, más allá que se intenta mostrar que las identidades y las valías que las recubren, son situacionales.

Por último, se ha podido demostrar, a lo largo de años de trabajo, que la dimensión sentimental en las prácticas masculinas se ve impedimentada o, por lo menos, resguardada para ámbitos exclusivos y para momentos de carácter excepcional. Es suprimida por una dinámica de relaciones de hombría que clausuran el efecto del llanto, la angustia, y la añoranza, por ejemplo, por una mujer. La domesticación de la sensibilidad es el contralor y el sustento de la *verdadera hombría*. Es allí donde se requieren enfoques: a la educación sentimental de los hombres; a los complejos mecanismos de obturación de una sensibilidad necesaria, que nos garantice sociedades más justas, más plurales y menos violentas.

Notas

¹ La Plata es la Capital de la Provincia de Buenos Aires, ubicada a 56 Km de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (C.A.B.A). Es la quinta ciudad con mayor densidad poblacional de Argentina.

² Con la etnografía se entiende que la sola presencia en el campo no alcanza para reconstruir las prácticas y sus significados, siempre y cuando no esté acompañada por una rigurosa y reflexiva vigilancia teórica y epistemológica. Sobre el “estar ahí”, Guber (2004) refiere que “la presencia directa en el campo es condición necesaria, pero no suficiente para acceder a la perspectiva de los actores y construirla teóricamente” (p.77). La etnografía y el trabajo de campo etnográfico deben entenderse “no como un determinado cuerpo teórico o un bagaje técnico especializado, sino como un enfoque totalizador para el cual la perspectiva del actor es, a la vez, punto de partida y de llegada” (Ibíd. p.77)

³ Una peña folklórica es un espacio de encuentro, de sociabilidad, donde se escucha y se baila música reconocida como regional, propia de géneros y estilos argentinos.

⁴ El “tercer tiempo” es realizado luego del partido de competencia. Históricamente, como ritual, el equipo local recibe a su rival con un agasajo que consiste en compartir desde bebidas como té, hasta alcohólicas, acompañadas de algún alimento dulce y/o salado. Allí ampliamos el espectro de actores conocidos dentro de los clubes.

⁵ En este apartado se cambiará el registro de escritura a la primera persona del singular y del plural, dado que se transcribirán apuntes y pasajes del diario de campo (observación), a partir del cual se construyeron los datos que responden a los objetivos centrales de la

investigación. La idea de mantener el registro se entiende como un recurso en el cual se intentó mantener la fidelidad del lenguaje y de las prácticas de los sujetos investigados, para reconstruir su trama narrativa; emparentada, por supuesto, con el ejercicio reflexivo de la participación del investigador inmerso en el campo. Los entrecomillados indican las citas fieles de lo nombrado por los sujetos investigados.

⁶ Villa Gesell es una ciudad balnearia costera de la Provincia de Buenos Aires. Históricamente se caracterizó por recibir a familias de sectores medios y a algunos grupos sociales tradicionalmente posicionados entre sectores dominantes; aunque no es el lugar elegido y exclusivo de los sectores dominantes.

⁷ Nacho es Profesor de Educación Física y es propietario de un Gimnasio. Juega en el Albatros Rugby Club y he compartido muchas horas y días con él y sus compañeros de equipo en ese gimnasio. Ha sido un espacio importante de sociabilidad donde he conocido muchos aspectos sociales, culturales y estéticos del mundo del rugby. Todos los nombres que aparecen en este escrito son de ficción para resguardar la identidad.

⁸ Pinamar es otra ciudad balnearia ubicada a 20 Km de Villa Gesell. Es uno de los espacios turísticos elegido y construido como lugar de distinción por sectores dominantes de Argentina (junto a Cariló y Mar de Las Pampas –Argentina-, y a Punta del Este –Uruguay-, entre otros), donde se afianzan y refuerzan criterios para sostener privilegios a la hora de escoger la plaza para el ocio. Muchas familias tradicionales del mundo del rugby veranean en Pinamar.

⁹ Puerto Madero es el centro comercial por excelencia de la CABA, donde se emplazan la mayoría de las oficinas de las empresas multinacionales.

¹⁰ Pilar y San Isidro son localidades del norte del conurbano bonaerense donde, actual e históricamente, conviven las familias que mantienen sus apellidos asociados a una tradición de prestigio entre círculos de privilegio, en diferentes campos (político, económico, cultural).

¹¹ El Club Champagnat es una de las instituciones más prestigiosas dentro de la Unión de Rugby de Buenos Aires (URBA). Ubicado en zona norte.

¹² “Cachivache” es una categoría utilizada para referirse de manera despectiva hacia una mujer; sobre todo a su dimensión estética.

¹³ “Pija” es una categoría nativa, utilizada como sinónimo de pene.

¹⁴ “Trava” es apócope de Travesti.

¹⁵ Primera línea es uno de los nombres correspondientes a una posición dentro del campo de juego. Generalmente, son los hombres con más masa corporal y más peso (en kilos) del equipo.

¹⁶ Se continuará con el mismo registro de escritura utilizado en el apartado anterior.

¹⁷ “Mina” es una categoría nativa, utilizada como sinónimo de mujer.

¹⁸ El “toro” es quien provee el esperma necesario para la procreación de la especie, identificando así, el rol del macho en la práctica de reproducción. Es, en muchos casos, el único encargado de la fecundación y por ende de la “propagación” y la “pureza” de la especie.

¹⁹ Asociada por Bourdieu, entre otros, al cuerpo externo.

²⁰ Pese a incipientes movimientos profesionalizantes, los jugadores que participan del rugby, en Argentina, lo hacen de forma amateur. Costean ellos mismos todos los gastos que implica competir. Esto convierte al deporte en una práctica menos democrática (en términos inclusivos y en relación a otros deportes) y también en el signo distintivo, particular, que recubre simbólicamente la idea de *pagar para jugar*.

Referencias

- Adamovsky, E. (2012). *Historia de la clase media argentina*. Buenos Aires: Grupo editorial Planeta.
- Archetti, E. (2008). Estilos de juego y virtudes masculinas en el fútbol Argentino. En M. Melhus & K. A. Stølen, (Eds.), *Machos, putas, santas. El poder imaginario de género en América Latina* (pp. 43-64). Buenos Aires: Editorial Antropofagia.
- Badinter, É. (2003). *Hombres ≠ Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: FCE.
- Badinter, É. (1994). *XY la identidad masculina*. Barcelona: Norma.
- Bajtín, M. (2008). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores S.A.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Editorial Taurus.
- Burin, M. & Meler, I. (2009). *Varones: género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Chejter, S. (2011). *Lugar Común. La Prostitución*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dumazedier, J. et al. (1971). *Ocio y sociedad de clases*. Barcelona: Ed. Fontanella.
- Elias, N. (2009). *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: FCE.
- Errandonea, A. (1985). *Sociología de la dominación*. Montevideo: Editorial Nordan-Comunidad.
- Gayol, S. (2008). *Honor y duelo en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*. Barcelona: Editorial Paidós.

- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano: Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés & J. Olavarría, (Eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 49-62). Santiago de Chile: Isis Internacional.
- Mills, C. W. (2005). *La elite del poder*. México: FCE.
- Parrini, R. (2002). *Apuntes acerca de los estudios de masculinidad. De la hegemonía a la pluralidad*. Red de Masculinidades/es FLACSO-Chile. Retrieved from <http://www.eurosur.org/FLACSO/apuntesmasc.htm>
- Sloan, T. & Reyes Jirón, R. (2005). *La desconstrucción de la masculinidad*. Nicaragua. Retrieved from <http://www.edualter.org/material/masculinitat03/deconstruccion.htm>
- Thompson, E. P. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Tomo I. Barcelona: Editorial Crítica, grupo editorial Grijalbo.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (Ed.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp.1-22). Barcelona: Gedisa Editorial. Retrieved from http://www.pueg.unam.mx/images/seminarios2015_1/investigacion_genero/u_3/vas_ire.pdf
- Ziegler, S. & Gessaghi, V. (Eds.) (2012). *Formación de las elites. Investigaciones y debates en Argentina, Brasil y Francia*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Juan Bautista Branz, CONICET/IDAES – Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP)

Contact Address: Direct correspondence to Juan Bautista Branz, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Av. Rivadavia 1917 (C1033AAJ), CABA, Argentina, email: juanbab@yahoo.com.ar.